

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

Veneración de las reliquias de los santos

La desviación de la enseñanza de Jesucristo referida al *alma* y al *cuerpo carnal*, presentada en los capítulos anteriores y la que se manifiesta antes de todo en la percepción del cuerpo de la resurrección y, en relación con el mismo, en la percepción de la eucaristía, de la Santísima Trinidad y del matrimonio bendecido por Dios, naturalmente, debería llevar la Iglesia terrenal **hacia el mas marcado y demostrativo paganismo en su lecho, a saber: hacia la así llamada veneración de las reliquias de los santos**. En los capítulos anteriores he tocado de paso ese asunto. Pero ahora lo consideraré más detalladamente y sólo desde el punto de vista teológico, sin detenerme especialmente en la historia del asunto, ya que de la última escribieron muchos y, particularmente, los protestantes.

Entonces, ¿Que son las reliquias? Representan la misma carne mortal que se queda en la tierra después de que el alma de su portador se despide de ella. En otros términos es un cadáver que tarde o temprano (depende de las condiciones físicas en las cuales se encuentre) se convierte en polvo. Justamente por eso a la carne mortal Job la llama “casas de arcilla, ellas mismas hincadas en el polvo” que “para siempre perecen” (Job 4: 19-20) y el apóstol Pablo la define como “tienda”, “nuestra morada terrestre” que se desmorona:

“Sabemos,” dice el, “que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos.” (2 Cor 5: 1)

Bajo la *tienda* o *nuestra morada eterna* el apóstol se refiere al alma primitiva del hombre a la que el profeta Isaías a su vez la llama “ropas de salvación” o “manto de justicia” (Is 61: 10) del hombre, mientras que la carne mortal compara con la *tumba*. Pronunciando en el espíritu las palabras del Señor, referidas a los hijos de Dios, él nos dice que estos “**habitan en tumbas y en antros hacen noche**; que comen carne de cerdo y bazofia descompuesta en sus cacharros” y “que dicen: «Quédate ahí, no te llegues a mí, que te santificaría.» Estos son humo en mi nariz, fuego que abrasa siempre.”(Is 65: 4-5)

Y el motivo, por lo que el profeta lo llama *tumba* o *antro* el cuerpo visible del hombre, se aclara de la afirmación del apóstol Pablo que “**mientras habitamos en el**

cuerpo, vivimos lejos del Señor” (2 Cor 5: 6) y por eso **“preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor.”** (2 Cor 5: 8)

Así que se resulta que es nuestro cuerpo mortal el que nos aleja del Señor y, consiguientemente, de la Vida, ya que el Señor ha dicho: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí”(Jn 14: 6). En otros términos la carne mortal es aquella cortina que abarca nuestras “ropas de salvación”, o nuestro “manto de justicia” y nos impide “vivir con el Señor”

Como vemos, aquí se habla de dos cuerpos del hombre. Distinguiendo y contraponiéndolos - el mortal y “las ropas de salvación” o, de otra manera, el carnal y el espiritual, - el mismo apóstol dice: “hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual.” (1 Cor 15: 44) Y diciendo así, bajo el cuerpo natural, según el sentido, se refiere al cuerpo exterior y visible del hombre, mientras que bajo el espiritual, a su alma. Además, al indicar que “se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual”. (1 Cor 15: 44), él nos hace entender que para que resucite el cuerpo espiritual, el natural debe deshacerse, es decir, morir. Por eso definiendo a ese cuerpo exterior y mortal como “hombre exterior”, y al cuerpo espiritual como “hombre interior”, él continúa:

“Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues **las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas.**”(2 Cor 4: 16-18)

Aquí el apóstol la resurrección del hombre la vincula claramente tanto con la renovación y transformación precisamente de su cuerpo interno que es su alma como con el desmoronamiento de su cuerpo exterior, el que en otro lugar lo presenta como pecador, diciendo:

“Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior,” dice, “pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.” (Rom 7: 22-23)

En la santidad del apóstol Pablo nadie duda. Pero incluso él, al ver “la ley del pecado” viviendo en su propia carne, como dice, *golpeaba su cuerpo y lo esclavizaba.* (1 Cor 9: 27)

Y he ahí, los cuerpos de los santos, en los que también vivía la ley del pecado, la Iglesia después de la muerte de los mismos convierte en *santas reliquias*, ignorando las palabras del apóstol que muestran que el cuerpo que se transforma, no es la reliquia, como piensan los eclesiásticos, sino el hombre interior, o el cuerpo interior, o espiritual, del hombre, es decir, su alma. Ella es la que se libera de la carne mortal y se presenta en toda su belleza primordial. Y por eso es evidente que al venerar las reliquias de los santos los sacerdotes y sus rebaños veneran, de hecho, al hombre exterior, es decir, su cuerpo exterior visible y temporal, o la carne, la misma que según el apóstol Pedro está predestinada a la condena junto con el espíritu que en ella habita.

“Por eso”, dice él, “hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva para que, **condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios.**”(1 Pedro 4: 6) Y esa condena consiste en la total desaparición del cuerpo exterior del que todavía el profeta Isaías decía:

“Una voz dice: «¡Grita!» Y digo: «¿Qué he de gritar?» - «**Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.**” (Is 40: 6-8)

Lo mismo repitió el apóstol Pedro diciendo:

“Toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y esta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros.” (1 Pedro 1: 24-25)

Y como esa “hierba”, según Jesucristo, “hoy es y mañana se echa al horno” (Mt 6: 30), así también el cuerpo exterior o carnal del hombre está sujeto a la eliminación, para que se revele el hombre interior, o su cuerpo interior.

Resulta que sosteniendo el culto de las reliquias de los santos la Iglesia está cultivando lo sujeto a la destrucción, es decir, está cultivando al hombre exterior, mientras que la santidad del hombre, según el apóstol Pablo, consiste justamente en el lograr esclavizarlo a este hombre, o carne, exterior, es decir, en el lograr mortificar la carne como la “apariencia de este mundo que pasa” (1 Cor 7: 31). Por eso la demasiada afición a la carne denuncia la demasiada afición del hombre a este mundo, justamente por la cual el apóstol Pablo reprochó a los galileos, diciéndoles:

“Ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que él os ha conocido, **¿cómo retornáis a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis volver a servir de nuevo?**” (Gal 4: 9) o “¿Tan insensatos sois? Comenzando por espíritu, ¿termináis ahora en carne? (Gal 3: 3)

Ese retorno “a los elementos sin fuerza ni valor” muestra que la Iglesia en lugar de estar muerta para el mundo, - como lo exigen los apóstoles afirmando que “cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte” (Rom 6: 3), - al contrario, santifica lo que está sujeto a la destrucción y, así, de hecho, se destruye para el Señor Quién al tomar sobre *su cuerpo exterior, o sobre su carne*, los pecados de los hijos de Dios, la sacrificó, y, además, lo hizo *no en* la ciudad de Jerusalén, sino *fuera* de sus paredes, mostrando así que “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50). Lo hizo exactamente igual que lo hacían los israelitas en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando en señal del mismo hecho la carne y la sangre del novillo al que sacrificaban por el pecado, las quemaban y derramaban “*fuera del campamento*” (Ex 29: 11-14)

Ignorando ese hecho o por la falta de su consideración no concediéndole la debida importancia, la Iglesia, como ya he notado en los capítulos anteriores, interpreta la carne mortal como aquella que resucitaría para la eternidad. Y por eso intenta conservar las reliquias de los santos distribuyendo sus partes entre las iglesias para su veneración. Con esto calla hasta el hecho que, según Jesucristo, el cuerpo resucitado a diferencia del mortal es asexual:

“«Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios”, dijo El a los fariseos que le preguntaban respecto al matrimonio después de la resurrección. “Pues **en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo.** Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? **No es un Dios de muertos, sino de vivos.**»” (Mt 22: 29-32)

De ahí se concluye, primero, que Dios no es Dios de lo que debe morir, pues “para él todos viven.” (Lc 20: 38); y, segundo, que el cuerpo *proveído del sexo*, incluso de los santos, no es aquello cuerpo asexual que tenía el hombre antes de la caída y tendrá en el Reino de Dios. Como he escrito muchas veces en mis obras anteriores, la carne mortal representa aquella “túnica de piel” en la que Dios vistió el alma viva del Adán dividido, es decir, las almas del varón y de la mujer antes de echarlos del paraíso. Precisamente esas “túnicas de piel” son aquellos “recipientes del barro”, en los cuales, según el apóstol Pablo, llevamos el tesoro de la gloria de Dios, es decir, la imagen que nos fue dada desde comienzo como la imagen y semejanza de Dios:

“Pues,” marca el apóstol Pablo, “el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero **llevamos este tesoro en recipientes de barro** para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros.” (2 Cor 4: 6-7) - “No de nosotros” significa no del varón y de la mujer, cuyos frutos son justamente los recipientes del barro, los que en uno de los apócrifos se determinan, además, como recipientes vacíos, cuya “aspiración” es convertirse en polvo.

“El nacido de mujer,” leemos en el, “¿cómo osará mantenerse en pie en tu presencia, si **fue amasado con arcilla, y su cuerpo será pasto de gusanos? No está hecho de roca, es un puñado de polvo.**”¹

Entonces, en la Santa Escritura se habla, de un lado, sobre el cuerpo creado por Dios, y, del otro lado, del que genera el hombre. Ese último es el que lo hace mortal, pues el hombre a través de sus engendros, de hecho, compite con Dios, o de otra manera, se contrapone a la Vida haciendo pasar lo ilusorio por lo real. Justamente por eso el salmista dice:

“Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, mentira los hijos de varón: Pesándolos á todos igualmente en la balanza, Serán menos que la vanidad.” (Sal 62: 10. Reina Valera 1909)

Así que **las reliquias siendo restos de lo que fue engendrado con el semen del varón y que a los ojos de Dios es ninguna otra cosa que la vanidad y mentira, nunca son santos.** Atribuir a ellas santidad significa confundir el concepto de la Vida con el de la muerte. Tanto más que el Mismo Jesús, al sacrificar su cuerpo exterior para la salvación del hombre y convirtiéndose en el primer resucitado, nos mostró el sentido y la predestinación del ese mismo cuerpo carnal. Entonces, podemos hacer a las Iglesias la misma pregunta, que antaño en la sintonía completa con las palabras del apóstol Pablo, hizo a sus discípulos el apóstol Andrés viendo la alegría de ellos por su liberación del encierro:

“Por que es ese inmenso amor hacia la carne? O por que es esa inmensa afición a ella? De nuevo me piden ustedes ceder ante ella...” (Martirio del apóstol San Andres 60(11) de la versión rusa.)² - es decir, ante la liberación aparente, porque la verdadera liberación consiste en la liberación de la carne mortal en la que el hombre esta encarcelado y la que le aleja de Dios y de la Vida, y porque al alegrarse a lo que es aparente, aunque parezca real, es tentarlos, según la carne. Comparemos esas palabras con la siguiente replica de Jesús, cuando el apóstol Pedro al escuchar sobre la pasión próxima del Señor, se puso a reprenderle diciendo que no lo haga, en que Jesús le dijo:

“¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16: 22-23)

Del mismo modo los pensamientos de la Iglesia que venera las reliquias de los santos no son los de Dios, sino los de los hombres. Resulta que al crear y sostener el culto de la carne condenada, o del cuerpo visible, ella venera lo que debe convertirse en polvo y así manifiesta su hipocresía. Pues de palabra proclama su espiritualidad, mas en realidad está propensa a la carne, deseando lo carnal y, consiguientemente, viviendo, según la carne, pues, como dice el apóstol, “los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte;

1. Regla de comunidad XI: 21-22: <http://antepasadosnuestros.blogspot.com.ar/2009/04/regla-de-la-comunidad-1qs-qumran.html>

2. Martirio del apóstol San Andrés. Мученичество апостола андрея 61(11), [Библиотека Наг-Хаммади](http://biblia.org.ua/apokrif/apocryph1/acts_andrey1.shtml.htm)
http://biblia.org.ua/apokrif/apocryph1/acts_andrey1.shtml.htm

mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que están en la carne, no pueden agrandar a Dios.” (Rom 8: 5- 8) Y el apóstol Juan a su vez añade que “llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.” (Jn 4: 23-24)

Parece que nada se puede añadir a esto. Sin embargo a despecho de la palabra clara de Dios y de toda lógica bíblica la Iglesia deseaba lo carnal ya a partir del siglo IV. Lo atestiguan las sanciones de los Concilios eclesiásticos. Por ejemplo, en el año 419 el Concilio de Cártago sancionó destruir todos los altares construidos en memoria de algún mártir, si en su base no yace su cuerpo o alguna de sus partes.³

Pero, claro, que no todos los cristianos estaban acuerdos con la veneración de las reliquias de los mártires y de otras sanciones de la Iglesia. Por eso más tarde, en el año 787, durante el séptimo Concilio Ecuménico (el segundo de Nicea) los desacuerdos fueron denominados como herejes. En su definición sobre las sagradas imágenes y la tradición (Sesión VII, Sanción III) el Concilio dice:

“Así, pues, quienes se atrevan a pensar o enseñar de otra manera; o bien a desechar, siguiendo a los sacrílegos herejes, las tradiciones de la Iglesia, e inventar novedades, o rechazar alguna de las cosas consagradas a la Iglesia: el Evangelio, o la figura de la cruz, o la pintura de una imagen, o una santa reliquia de un mártir; o bien a excogitar torcida y astutamente con miras a trastornar algo de las legítimas tradiciones de la Iglesia Católica; a emplear, además, en usos profanos los sagrados vasos o los santos monasterios; si son obispos o clérigos, ordenamos que sean depuestos; si monjes o laicos, que sean separados de la comunión.”⁴

Más adelante – ya después del desagregarse la Iglesia en los católicos y ortodoxos - el Concilio de Trento (1545-1563) en el capítulo “El purgatorio” (Sesión XXV) puso la nueva divisoria ya entre los acuerdos y desacuerdos instruyendo “a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires, y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo, y templos del Espíritu Santo, por quien han de resucitar a la vida eterna para ser glorificados, y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados, como antiguamente los condenó, y ahora también los condena la Iglesia, los que afirman que no se deben honrar, ni venerar las reliquias de los santos; o que es en vano la adoración que estas y otros monumentos sagrados reciben de los fieles; y que son inútiles las frecuentes visitas a las capillas dedicadas a los santos con el fin de alcanzar su socorro.”⁵

Por eso en el Código de Derecho Canónico. (Iglesia Católica Romana.) Capítulo IV. De los altares. Canon 1237, § 2. se dice: “Debe observarse la antigua tradición de colocar bajo el altar fijo reliquias de Mártires o de otros Santos, según las normas litúrgicas.”⁶

3. Las sanciones del Concilio de Cártago. Según la traducción Rusa, № 94. [Правила Карфагенского собора № 94: <http://krotov.info/acts/canons/0419karf.html>]

4. 7. II De Nicea. 787. Magisterio del C.E II de Nicea VII ecuménico (contra los iconoclastas) Definición sobre las sagradas imágenes y la tradición SESION VII, Sanción III.: http://www.mercaba.org/CONCILIOS/C_07.htm

5. Sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento (1545-1563). El purgatorio. Sesión XXV: <http://www.mercaba.org/CONCILIOS/Trento13.htm#LA%20INVOCACI%20VENERACI%20Y%20RELIQUIASDE%20LOS%20SANTOS.Y%20DE%20LAS%20SAGRADAS%20IMGENES>

6. http://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1983-01-25_Absens_Codex_Iuris_Canonici_ES.pdf

Pero comencemos de lo que ni Jesús, ni los apóstoles en ningún lugar, ni en los libros canónicos del Nuevo Testamento, ni en los apócrifos dicen que hay que honrar y venerar las reliquias de los santos y colocarlas bajo el altar fijo. Sólo una vez se habla de algo parecido en el Antiguo Testamento, pero como una maldición hecha por Josué después de la destrucción de Jericó:

“¡Maldito sea”, dice, “delante de Yahveh el hombre que se levante y reconstruya esta ciudad (de Jericó)! ¡Sobre su primogénito echará su cimiento y sobre su pequeño colocará las puertas!” (Jos 6: 26)

Sin embargo Jericó fue reconstruido en los tiempos de Ajab, rey de Israel.

“En su tiempo”, leemos en el Primer libro de los Reyes, “Jiel de Betel reedificó Jericó. Al precio de Abirón, su primogénito, puso los fundamentos, y al precio de su hijo menor Segub, puso las puertas, según la palabra que dijo Yahveh por boca de Josué, hijo de Nun.” (1Rey 16: 34)

En mi libro “Los seis días de la Creación y el Día séptimo” he mostrado que en el lenguaje bíblico reconstruir Jericó contrapuesto a Jerusalén significa nuevamente convertirse en esclavo de la carne y entrar en la maldición, es decir, “construir” sobre la muerte. Además de eso, en la Sagrada Escritura no hay ninguna otra indicación de la construcción sobre las reliquias.

No obstante, la Iglesia insiste en el culto de las santas reliquias. Y lo hace, de hecho, ignorando todas las indicaciones del Nuevo Testamento citadas arriba y referidas a lo que “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada.” (Jn 6: 63).

El argumento principal que la Iglesia propone defendiendo ese culto es un fragmento del Antiguo Testamento que cuenta de un muerto que al caer sobre los huesos del cadáver del profeta Eliseo resucitó. Así es el fragmento:

“Eliseo murió y le sepultaron. Las bandas de Moab hacían incursiones todos los años. Estaban unos sepultando un hombre cuando vieron la banda y, arrojando al hombre en el sepulcro de Eliseo, se fueron. Tocó el hombre los huesos de Eliseo, cobró vida y se puso en pie.” (2 Reyes 13: 20-21)

Pero el fragmento citado la Iglesia lo considera fuera del contexto, sin admitir que todo el relato sobre los profetas Elías y Eliseo es criptográfico. A ellos he dedicado un capítulo entero en mi libro “Los seis días de la Creación y el Día séptimo”. Por eso aquí sólo precisaré que las personas de estos dos profetas se correlacionan como el espíritu y el alma de Dios y anticipan la llegada de Jesucristo y de Juan el Bautista, su Precursor. Notemos, cómo Eliseo define al profeta Elías y a sí mismo. Cada vez que el profeta Elías - que se dirige primero a Betel (la Casa de Dios), después a Jericó (la casa de la Muerte) contrapuesta a Jerusalén y, al final, hacia el río Jordán, - le propone a Eliseo quedarse donde está y no seguir con él, Eliseo siempre le contesta: “Vive Yahveh y vive tu alma, que no te dejaré.” (2Rey 2: 2,4,6)

Así que el profeta Eliseo se define claramente como el alma de Yahveh, mientras que a Elías lo ve como a Yahveh Mismo. Pero ser el alma de Dios significa ser su cuerpo espiritual, igual que lo es la Iglesia de Jesús. Desde ese punto de vista parecen muy significativos dos detalles del relato sobre esos dos profetas. El primer detalle es cuando el Carro y caballos de Israel llevaron a Elías a los cielos, su espíritu reposó sobre Eliseo (2 Rey 2: 15) y el segundo detalle es el camino de regreso de Eliseo que pasando nuevamente el río Jordán se dirigió primero a Jericó y después a Betel, trazando así todo el camino de la Iglesia. Es interesante también que Joás, rey de Israel, al visitar a Eliseo que estaba muriendo “lloró sobre su rostro diciendo: «¡Padre mío, padre mío, carro y caballos de Israel!»” (2Rey 13: 14)

Otra indicación latente que el dicho relato se refiere a la Iglesia la vemos en las palabras de Sirásides que dice del profeta Elías: “Felices aquellos que te vieron y que se

durmieron en el amor, que nosotros también viviremos sin duda”, mientras que refiriéndose al profeta Eliseo admite que “Nada era imposible para él, hasta en el sueño de la muerte profetizó su cuerpo. Durante su vida hizo prodigios, y después de su muerte fueron admirables sus obras.” (Si 48: 11, 13-14)

Ahora comparemos esas palabras con las de Jesucristo:

“¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.” (Mt 13: 16-17) y las siguientes: “sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mt 16: 18)

Recordemos también que después de la muerte de Jesús su obra la continuó Su Iglesia. Lo que el relato sobre los profetas Elías y Eliseo de algún modo se refiere a la venida del Señor y de Su Precursor atestigua también el hecho que Jesús Mismo reconoció en Juan el Bautista al profeta Elías llamándolo *Ángel de Dios*:

“Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. «En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.⁷ Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron. **Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a venir. El que tenga oídos, que oiga.**” (Mt 11: 10-15) y en otro lugar:

“Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. **Os digo, sin embargo: Elías vino ya, pero no le reconocieron sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos.**” (Mt 17: 11-12)

Por eso no es casual que cuando Jesús moribundo clamó: “¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?”, esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27: 46-47), pues el sentido de la parábola les fue inalcanzable. Por la misma razón Jesús repetía muchas veces: “Quien tenga oídos para oír, que oiga” o “Quien pueda entender, que entienda.”

Entonces, los santos padres no deberían argumentar la veneración de los santos sacramentos por la resurrección del muerto que tocó los huesos del profeta Eliseo, ya que este episodio es una alegoría referida a la futura Iglesia de Jesucristo – la única que reaviva al hombre para la Vida eterna, por la que murió Jesús. Como he dicho muchas veces, la consideración literal del texto bíblico lleva a la confusión y al callejón sin salida. Además, todos los argumentos que trae la Iglesia para fundamentar el culto de las santas reliquias, se basan simplemente en el deseo de milagros. Pero la fe verdadera no los necesita, porque la fe supone la Ley de la Vida escrita sobre el alma, - la Vida que ella presiente al nivel del conocer, sean o no sean milagros. En cuanto a lo que piensa el Señor de los buscadores de milagros, se ve de sus palabras ya citadas por mí en el artículo sobre la Eucaristía que ahora quiero repetir: “**¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide (...)**” (Mt 12: 38-39) o “**Si no veis señales y prodigios, no creéis.**” (Jn 4: 48)

7. El es más pequeño en el Reino de los Cielos donde habitan sólo los hijos de Dios, porque es nacido de mujer. Aquí se habla de Juan en la carne.